

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

CON FRECUENCIA se hacen estudios comparados de Mitología. Es natural que los hombres quieran explicarse muchas realidades actuales, partiendo de las leyendas, costumbres y folklore de los pueblos. Y es así, porque la verdadera historia hunde sus raíces en un conjunto de fabulaciones y de hermosas falsedades antiguas.

Un escritor inglés, Sir James George Frazer, ha publicado un libro titulado *La rama dorada*. Y hace referencia a ciertos cultos antiquísimos, tales como la ferviente adoración del Arbol, símbolo de la Vida. He ahí que en aquel árbol ondeaban verdes ramas, graciosamente entrelazadas. Ahora bien, en su parte más erguida, una colosal rama dorada exhibía un racimo de frutos cuajados de dulzor. La tremenda aspiración del hombre era, sin duda, hacerse dueño de tanto prodigio. ¡Atrevido anhelo! Porque la rama soberbia, cegadora y pródiga, crecía sin descanso, señalando rumbos de altura, indicando con su índice vegetal las zonas de un lugar altísimo, inaccesible. Fácil es de suponer que estamos frente a uno de tantos símbolos mitológicos, diluido en plurales creaciones estéticas actuales.

Sir James George Frazer estudia valiosas alusiones antiquísimas. Y nos habla, por ejemplo, del misterioso culto de Nemi, florecido en un templo griego, lugar de frecuentes peregrinaciones.

En el templo de Nemi residía un sacerdote singular, de extraño origen. Se dice que era un esclavo, un hombre que había conseguido huir, guiado por una voz interior que lo llevaba a ser protagonista de una aventura. El sacerdote de Nemi conquistaba su título, venciendo en combate a su antecesor. Instalado en su cargo, debía de aprestarse a defender el título, porque en seguida un nuevo postulante habría de presentarse, valiéndose de su astucia y de la fuerza de sus puños. En consecuencia, la vida en Nemi era un cons-

tante desasosiego. La calma de las noches se había conseguido mediante la lucha del día. Y así, durante años hasta la muerte. Claro está que todo esto tiene su significación. Tal vez, el hombre, hecho Dios, debe morir al acercarse su ocaso, para garantizar así un dominio eficaz del Viento, de la Lluvia y de la Fructificación.

En nuestros días, determinadas costumbres de muchos pueblos se explican como influencia del legendario culto al Arbol, cuyas raíces simbolizan el origen de la Vida, y en cuyas ramas, sobre todo en la más alta, ondean los frutos que son el premio de la vida del hombre.

Los estudios de algunas leyendas nos permiten entroncar las costumbres primitivas con la historia más reciente. Bella y de sumo interés es la "rama dorada" del viejo Arbol, plantado por una mano desconocida en algún lugar de nuestra Tierra. Entretanto, al socaire del entrañable misterio de la Vida, los filósofos han creado sus atrevidos sistemas, los poetas cantan sus trinos, los novelistas y dramaturgos hacen del Mito la íntima savia de sus obras. Quizás, una crítica literaria funcional, asentada en una amplia cultura histórica, habría de remontar las creaciones estéticas, hasta hundir los ojos y el alma en los verdaderos hontanares.

* * *

En otras oportunidades nos hemos referido a las aportaciones científicas del biólogo francés Jean Rostand. Quizás será interesante recordar que obtuvo el "Premio de París", galardón que se concede a quienes entregan el fruto de sus fecundas horas de trabajo científico. Por ejemplo, su obra *Pensamientos de un biólogo*, constituye una de las más serias aportaciones para el estudio de los innumerables misterios que van jalonando nuestra experiencia vital, nuestro paso por la tierra.

Pues bien, este hombre de ciencia ha pronunciado unas conferencias en París, enfocando el tema de la Ciencia y el Cinematógrafo. Sus anotaciones son interesantes, incitan a una breve glosa.

Jean Rostand destaca la importancia que tiene el recurso de la cámara lenta aplicada a los conocimientos científicos. Gracias a esta morosidad en la captación de las imágenes, el ojo humano ha podido medir el vuelo de un insecto, el salto de una rana, la voracidad de una estrella de mar, el movimiento exacto de los labios humanos, la vibración de las cuerdas vocales, la contracción del corazón, los reflejos de la pupila.

La cámara lenta nos ha presentado, asimismo, los movimientos de los gló-

bulos blancos, dirigiéndose hacia los microbios invasores, nos ha dejado percibir las alteraciones del protoplasma celular. De igual forma, cuando la cámara ha registrado el ir y venir de un enjambre de abejas, el ojo humano ha visto el mecanismo externo de un lenguaje concebido por los insectos y para los insectos. Sin duda, algunos estudios sobre la problemática psicología animal han sido llevados a efecto gracias al concurso valioso de unas imágenes captadas en sus mínimos procesos.

La ciencia tiene un valioso elemento en el cinematógrafo. Son varias las películas que se han hecho con la sola finalidad de vulgarizar los descubrimientos de la ciencia. Citemos, entre otras, las tituladas *Asesinos del agua*, *En las fronteras del hombre*, *El agua que duerme* y *Almas celulares*. Cada una de ellas exhibe facetas y misterios de la ciencia. El ojo humano recibe imágenes que habitualmente se le escapan. Con frecuencia, un dato que había vibrado inadvertido es suficiente para ensayar nuevos métodos de exploración. La ciencia se enriquece, la sensibilidad del investigador se afina. Y los hombres reciben informaciones que van en propio beneficio. Ahora bien, los progresos de la ciencia tienen la virtud de mostrar a los seres humanos la simplicidad y, al mismo tiempo, la complejidad de la materia, de donde brota la vida.

* * *

Ram Gopal es un cultor de las danzas orientales. Sus exhibiciones en París han renovado la admiración hacia los espectáculos exóticos. El artista ha elaborado unas danzas a base de temas religiosos, propios de los países búdicos. Otras se refieren a las bellezas de la naturaleza, a los placeres de los campesinos, a sus momentos de amor.

He aquí la glosa de unas conferencias en torno al baile, pronunciadas en Berlín por un grupo de coreógrafos de diversos países.

Hay pueblos, grupos raciales que poseen una gran intuición del ritmo. Para ellos, danzar equivale a dar forma a sus íntimas disposiciones. Entre la gama de bailes colectivos o individuales rebulle toda una historia de anhelos y culturas, de estilización y humanismo vascular.

Los filósofos y los escritores nos recuerdan que la figura humana es el canon de toda belleza. Una verdad, en suma, tan vieja como la evolución constante de las artes. Posiblemente, cuerpo y columna deben ser identificados como origen de basamentos, cañas y capiteles. Y sobre ellos, la máquina, la complicada trenzadura arquitectónica. De ahí que los cuerpos estáticos, en movimiento, en inflexiones de indudable equilibrio, aspiren a

realizar determinados principios del arte. La danza, el baile, se convierte en recurso expresivo. Pero un recurso de significaciones distintas.

El andaluz, por ejemplo, baila solo. Sus movimientos son rápidos. Las manos, sus repiqueteos digitales, dibujan en el aire signos cabalísticos de medida, como el sacerdote que oficia en altares de paganía, de religiosidad dogmática. Su baile es individual, no obstante la presencia de la mujer que simula fugas e indolencias esquivas. Algo parecido se da en las antiquísimas danzas valencianas, en la cueca chilena, en la que cada pareja, cada hombre o mujer, se mueven y giran poseídos de un narcisismo entre romántico y cerebral.

Muchos de los bailes americanos, de raigambre típica, muestran esas combinaciones de independencia y gregarismo. A través de ellos, pueden reconstruirse páginas enteras de una historia exacta, a pesar de sus proyecciones excesivamente literarias.

La jota aragonesa, la muñeira, la sardana, expresan en sus movimientos, en su contextura externa, trazos innegables de un jirón temperamental. Los bailes actuales, de creación anecdótica, responden a un criterio existencial, en cuanto este término significa una oportuna adecuación a determinadas condiciones del vivir cotidiano, impuesto.

Si en nuestra época pretendiéramos trazar una línea, una trayectoria de los diversos módulos de la danza, habríamos de situar en primer término los nombres de las figuras que bailan descalzas, que se apoyan en la punta de los pies, imitando un revolver de pájaros libres. El segundo grupo estaría formado por los intérpretes que fijan sus plantas en el suelo, tal como si quisieran dejar impresa en la tierra la huella del talón. Y en último término, la figura de danzarinas y danzantes que vibran en arrebatos de flamenquería, estableciendo un predominio del taconeo rítmico.

En cualquiera de los bailes, intelectualmente creados, podemos hallar la integración de las fases señaladas. Y el campo de exploración es ilimitado, si "el moverse en danza" lo vinculamos a los instrumentos que hacen predominar su voz.

Labor interesante la de comprender a los hombres a través de sus bailes, de raigambre popular, de creación anecdótica. Tal es la preocupación de unos musicólogos, recientemente reunidos en Berlín.

* * *

La milenaria escritura china es un alarde de caligrafía. Utilizar toda la variedad de sus graciosos signos requiere una paciente dedicación. Claro

está que son pocos los individuos que llegan a conocer cada uno de los cincuenta mil caracteres. Por esta razón, un grupo de políticos reunidos en Peiping, la ciudad capital de la China comunista, estudian la posibilidad de introducir el sistema alfabético. Ello simplificaría mucho de los actuales problemas a que se ven abocados los estudiosos orientales.

Se dice que la escritura china fue creada en el tercer milenio antes de Cristo. Un emperador encargó a su ministro para que buscara un sistema de escritura, capaz de traducir y fijar los mínimos matices del alma. Este individuo, hombre de gran cultura y de indudable sentido estético, estudió la forma de los objetos, de los árboles y montañas, de los ríos y animales. Y así fueron surgiendo interesantes dibujos, los pictógrafos, los alardes caligráficos que se trazan con un pincel y bellas tintas.

Es interesante anotar algunas características de este sistema de escritura, tan interesante, pero tan difícil al mismo tiempo. Por ejemplo, un palito con dos menudos vástagos, es decir, con dos piernas, representa al "hombre". Un círculo es la imagen del Sol. De un sol que puede estar situado encima o debajo de una rayita horizontal. En el primer caso, es el Sol naciente, el alba. En el segundo, es la caída del día, el atardecer, con sus luces casi moribundas.

Unas líneas cruzadas, una encima de la otra, evocan la postura predilecta de las jovencitas, cuando cruzan las piernas. Un cuadro con un punto en su interior es una casa con una mujer. Y esa combinación de casa con mujer vale tanto como "estorbar". Como se ve, los chinos no están exentos de humor, de una ironía presta a zaherir al bello sexo.

Ahora bien, abundan las compensaciones. El signo que representa "seguridad" se enriquece con otro signo que supone "muchacha". Su simbiosis, en una sola figura, expresa el máximo de aspiraciones, es decir, "la paz".

Un "hombre" metido en una "palabra" es el signo de la "confianza". Los ejemplos podrían ser numerosos. Su finalidad sería la de mostrar que el sistema de escritura china está vertebrado, siendo posible expresar todos los matices del pensamiento humano. De ahí su gran dificultad, su lento aprendizaje, la frecuente necesidad de consultar diccionarios para entender el sentido de los escritos literarios. Tienen los chinos sus monumentales diccionarios, de manejo sumamente complicado, con índices y subíndices con notas y plurales aclaraciones en torno a cada signo. Sin duda es difícil calar en el hondo sentido místico de esta lengua. Por esta razón se quiere adoptar el sistema alfabético. Pero los chinos se oponen. Con razón, su tradición milenaria les ha metido en el alma el valor integral de una lengua y de

unas formas expresivas. He ahí abierto el camino para unas interesantes disquisiciones filológicas.

* * *

En Filosofía, el tema de las Ideas es tradicional. Al repetirlo con insistencia, se nos ha incrustado en la sensibilidad. Sus raíces se han extendido por diversos predios del vivir. El ramaje es frondoso, los frutos, cuando existen, quedan disimulados entre exuberancias adventicias, de simetría engañosa.

Algunos filósofos americanos, Leopoldo Zea entre ellos, nos incitan a dedicar una mirada acuciosa a este verdadero "árbol de la ciencia del bien y del mal", para fijar sus vinculaciones con las diversas facetas culturales del "bípedo erecto y sin plumas".

Aquel hombre griego, cargado de espaldas, que se llamara Platón, lanzó la primera piedra sobre los tejados un tanto frágiles de la naciente Filosofía, y quiso inventar la palabra "Idea", de la misma manera que había dedicado sus intuiciones a discurrir en los ámbitos del amor. Y formuló algunas aseveraciones y ciertos malabarismos filosóficos. Recuérdese, entre otros, el que dice: "La belleza no es la cosa bella, sino aquello por lo cual la cosa es bella, algo que sólo puede ser percibido con los ojos del espíritu".

De esta aparente galimatías se derivan muchas tragedias del hombre actual. Porque tener ideas en el sentido platónico es sumamente comprometido. Sólo los individuos muy cultos, de fina curva sensitiva, son capaces de darles cabida en los desvanes de su espíritu y aceptar que el Bien y el Mal, el Dolor y el Placer, por el hecho de ser ideas, tienen existencia real.

Por esta razón, Aristóteles, persona de gran sentido pedagógico, usó muy poco el término platónico de idea. Es necesario que transcurran varios siglos, hasta que los filósofos ingleses vuelvan a encariñarse con el tema de tan sutiles vertientes. Y sólo entonces aparece la ingente obra titulada "La teoría de las Ideas". Estos ingleses, Hume y Stuart Mill, sabían la discusión que disparó las habilidades dialécticas de nominalistas y realistas durante la Edad Media. Como hábiles nautas en los mares procelosos de la Filosofía, manejaron con cautela el término Idea, le dieron un sentido más amplio. Para ellos, una sensación, un color, un dolor, todo hecho psíquico era una idea, susceptible de relacionarse con otras. He ahí la interesante y necesaria asociación de ideas que tanto facilita el trabajo intelectual.

Pero la tercera y gran transformación de la palabra idea se la debemos a Kant. Su bloque macizo es la "Crítica de la razón pura", con aquellas sus tres fortalezas roqueras que se titulan "Estética, Analítica y Dialéctica". El

filósofo de Koenigsberg, hombre dado a resolver los conflictos del vivir con más habilidad que pasión, habla de las facultades del alma. Y a la facultad de tener percepciones le da el nombre de sensibilidad. He ahí el tamiz de las ideas, el recurso estrictamente personal y misterioso que no se aprende en los libros, que viene con el hombre como delicada y mágica antena de últimas y válidas selecciones espirituales.

Por eso, defender nuestras ideas equivale a luchar por nuestra vida espiritual en su más cabal sentido.

Un estudio de las vicisitudes porque ha pasado la palabra Idea nos entregaría toda una historia de la evolución del pensamiento filosófico. Y llegaríamos, por ejemplo, a la ingente figura de Descartes con aquellas sus dos verdades: "Yo existo" y "Toda idea clara y distinta es verdadera".

La magia de las ideas radica en los destellos que hace brotar su confrontación. Y cuando el hombre las utiliza con responsabilidad, observa que un verdadero universo se le despliega. Sólo entonces la palabra se hace mágica, permitiendo la entrañable euforia del milagro terreno. Como es lógico, cabría deslizarse ahora por los comprometidos dominios y significaciones del milagro que brota por obra y gracia del Verbo.